HARLEQUIN™

Saga «Escándalos de sociedad»

MEG ALEXANDER



El honor de un caballero

Meg Alexander



El honor de un caballero

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2002 Meg Alexander. Todos los derechos reservados.
EL HONOR DE UN CABALLERO, Nº 34 - 5.12.07
Título original: Mr Rushford's Honour
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5633-1
Depósito legal: B-44374-2007
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 2.6.08
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Uno

Primavera de 1812

Gina Whitelaw no era ninguna belleza… lo que no resultaba evidente a primera vista para los curiosos que se agolpaban alrededor de su coche.

Demasiado baja para ser considerada esbelta, y con una melena de un discreto color castaño, no entendía cómo podía suscitar tanta admiración en la gente que la saludaba cuando bajó a la calle.

Posiblemente se debiera a su impecable atuendo, el elegante sombrero, el bonito redingote que se ceñía a sus voluptuosas curvas o el atisbo de un tobillo enfundado en un exquisito botín de cuero.

Pero no fueron ninguna de esas cosas las que llamaron la atención de un caballero en particular. Cuando Gina giró la cabeza para dirigirse a su cochero, su voz detuvo en seco al transeúnte. El familiar sonido lo dejó tan aturdido como si hubiera recibido un golpe en el pecho.

Gina no lo había visto, por lo que se ocultó rápidamente en una puerta al otro lado de la calle, desde donde contempló el rostro que lo había atormentado durante los diez últimos años.

Apenas había cambiado en ese tiempo. La habría reconocido en cualquier parte. La misma mirada azul, la misma sonrisa encantadora...

Sus sentimientos amenazaron con dominarlo. Seguro que ella debía de percibir su presencia. El lazo que los había unido era demasiado fuerte. Los dos habían estado de acuerdo en que eran las dos mitades de un todo. Esperó, deseando que ella también lo viera y reconociese.

Pero la separación había sido demasiado larga, y la magia que siempre les había hecho sentir su presencia a distancia se había desvanecido. Gina se dio la vuelta y entró en la casa, sonriendo y charlando con las dos chicas que la acompañaban.

Giles se estremeció. ¿Serían sus hijas? Un momento de reflexión lo convenció de que era im-

posible. Aquellas chicas eran adolescentes, demasiado mayores para ser sus hijas.

Volvió a mirar hacia el coche y reconoció el escudo de Whitelaw en las portezuelas. Era obvio que Gina estaba relacionada con la familia, pero ¿qué tipo de relación? Giles no era ningún experto en los aspectos de moda, pero era obvio que Gina no era una criada. ¿La había convertido Whitelaw en su amante? Apretó los puños hasta que le palidecieron los nudillos. Se merecía la angustia que aquella posibilidad le provocaba.

La había abandonado sin ninguna explicación en un país extranjero, a merced de sus amos. No podía culparla por haber elegido el mismo camino que muchas otras.

Apenas fue consciente de los murmullos que zumbaban a su alrededor. La multitud empezaba a disolverse, y Giles oyó algunos de los comentarios que había suscitado la recién llegada.

—Ya era hora de que alguien ocupara la vieja Mansion House —le dijo una anciana a su amiga—. Será bueno para el comercio tener a gente nueva en la aldea.

—¡Desde luego! Habrá muchos que quieran enriquecerse con los gastos de esa joven.

—Seguro que puede permitírselo —dijo la primera—. He oído que ha comprado la casa, no

alquilado, y a un precio que no te podrías ni imaginar —dijo una cifra que dejó boquiabierta a su amiga—. Los obreros ya se han puesto manos a la obra.

—Pero ¿quién es ella? ¿Y qué hace en Abbot Quincey? A mí me parece una chica de ciudad, más que una campesina. La gente con dinero prefiere vivir en Lunnon, sobre todo las jóvenes de su edad.

—¿No la conoces? Oh, lo siento, olvidé que no vivías aquí cuando ella se marchó. Es Gina Westcott, la hija del panadero.

—¡Oh, cielos! Pensé que era una dama —dijo la segunda mujer en un tono de evidente decepción—. ¿No es la misma que se marchó para ver mundo?

—La misma —afirmó su amiga—. Y parece que ha visto mucho mundo —añadió con malicia, provocando las risas de la otra mujer.

Giles se alejó antes de que se viera tentado a responderles. Entró en la posada Angel y pidió un vaso de brandy, a pesar de la hora. Entonces se acercó a la ventana y miró hacia Mansion House.

¿Por qué había vuelto Gina a Abbot Quincey? Los maliciosos comentarios que acababa de oír sobre ella serían los primeros de muchos.

Gina se vería expuesta a toda clase de rumores y críticas. Nadie se dignaría a visitarla, y quedaría condenada a una amarga soledad.

No podía hacer nada por ella. Si no hubiera sido por el matrimonio de su hermana, él estaría viviendo de la caridad de su tío y de la generosidad de sus amigos. Tomó un sorbo de brandy y suspiró mientras reflexionaba sobre los últimos diez años. Su tío le había suplicado que volviera de Italia, y de los brazos de Gina, en un intento por salvar el patrimonio familiar de la negligencia de su padre.

Todo había sido en vano. Por muy duros que fueron los esfuerzos de Giles por conservar los restos de la hacienda, Garreth Rushford lo perdió todo en una infausta noche de juego.

Pero lo peor fue cuando su padre, a quienes todos habían querido a pesar de sus defectos, murió al ser arrollado por un coche.

—¡Anímate, hombre! Seguro que no es tan grave.

Giles sonrió a pesar de sí mismo. Tras unos comienzos incómodos, le había tomado afecto al marido de su hermana mayor.

—¿Te apetece un trago, Isham? —le ofreció.

—Creo que me vendrá bien si vas a darme malas noticias —respondió Isham, haciéndole

una seña al tabernero—. ¿Qué ocurre, Giles? Parece que has visto a un fantasma.

—En cierto modo, así es. Es sólo que… Bueno, acabo de ver a una persona conocida.

—Espero que sus intenciones hacia ti no sean nocivas. ¿Se puede saber qué le has hecho a ese hombre?

—No se trata de eso.Y no es un hombre, sino una mujer.

—Vaya… ¿Tan grave es el asunto? —preguntó Isham con una sonrisa—. Habla con ella, Giles. Seguro que puede perdonarte...

—Me temo que no. Es demasiado tarde —por un momento se sintió tentado de contárselo todo a su cuñado. Pero enseguida cambió de opinión. Tenía que pensar en la reputación de Gina—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó para cambiar de tema.

—Quería visitar a un viejo amigo. Se lo prometí hace tiempo.

—¿E India no está contigo? Espero que no esté enferma...

—Al contrario. Está mejor que nunca, aunque sufre algunos mareos por las mañanas. Lleva más de diez días esperando tu regreso de Bristol.

—Nos retrasamos mucho —admitió Giles con una sonrisa de disculpa—. Mi madre estaba

empeñada en recibir las felicitaciones de sus amigas por el compromiso de Letty. Creí que nunca volveríamos a Abbot Quincey —dudó un momento—. Anthony, no era mi intención ausentarme tanto tiempo. Siento que te he decepcionado… con la hacienda.

—Tonterías. Si tenías que marcharte, lo mejor fue que lo hicieras antes de la primavera. Y las damas no podían viajar sin escolta. En cualquier caso, me alegré de que no estuvieras aquí cuando Henry murió.

Giles le dio un rápido apretón en la mano.

—Discúlpame… No te he ofrecido mis condolencias. ¿Cómo está su madre?

—Lucia se recupera lentamente —dijo lord Isham, mirando al vacío.

Era mejor hacerle creer a Giles que el hombre a quien todo el mundo tomaba por su hermanastro había muerto defendiendo a sus seres queridos del ataque de los luditas. Sólo India y la madre de Henry sabían la verdad, además de él mismo. Henry, ignorando que no estaba emparentado con Isham, había acudido a Grange aquella nefasta noche para liquidar a India y a su señoría, creyendo que así podría heredar el título, la riqueza y las tierras de la familia. La muchedumbre que guiaba serviría para encubrir los crí-

menes. Pero, por un extraño giro del destino, murió al recibir el disparo de uno de los luditas.

—¿Han encontrado las autoridades al responsable? —preguntó Giles, pero Isham parecía tan ausente que tuvo que repetir la pregunta.

—¿Qué? —Isham volvió al presente y sacudió la cabeza—. No, y dudo que lo encuentren. Había mucha gente y estaba oscuro. Es imposible hallar alguna pista —miró su reloj—. Discúlpame, Giles, pero se me hace tarde. Tengo que presentarme en Mansion House sin más demora.

Giles se puso muy rígido y pálido.

—¿Mansion House has dicho? ¿Por qué... quién...? Quiero decir, ¿conoces a alguien allí?

—Lady Whitelaw acaba de comprar la casa. Su marido era uno de mis mejores amigos.

—Cielos, ¿lady Whitelaw aún vive? Cuando la conocí tenía un pie en la tumba.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Isham, desconcertado.

—Hace diez años… en Italia —se obligó a responder Giles—. No esperaba vivir más de un año.

—Oh, te refieres a la primera esposa de Whitelaw. Gina es muy joven, como podrás ver por ti mismo si me acompañas. Se casó con Whitelaw dos años después. ¿No la conociste cuando estuviste en Italia?

—¡Sí! ¡No! —de repente Giles sintió que lo ahogaba la corbata. Si no salía de allí acabaría por delatarse. ¡Su pequeña Gina se había casado con un hombre que podía ser su abuelo! No soportaba pensar en ello—. ¿En otro momento, quizá? Tengo que irme. Mi madre y Letty me estarán esperando. Te veremos en Grange.

—No estaré mucho tiempo. Sólo voy a ver si Gina necesita ayuda para instalarse —explicó Isham. Salió con Giles a la calle y se giró en dirección a Mansion House.

Giles se sentía más confuso que nunca. Si Gina tenía un marido, ¿por qué iba a necesitar la ayuda de Isham? Ardía de curiosidad por conocer la respuesta, y se maldijo a sí mismo por ser un cobarde. ¿Qué pensaría Gina de él… en el caso de que pensara algo?

No se enorgullecía de su actitud. A sus dieciséis años, Gina había sido una muchacha encantadora, abierta y confiada. Y él, con veinte años, ¿cómo iba a sospechar que lo que había empezado como una relación amistosa y alegre acabaría convirtiéndose rápidamente en una aventura pasional?

Una nube oscureció sus pensamientos. Los dos habían sido muy jóvenes. Tal vez para ella el dolor de la repentina separación no había sido

tan profundo. Un desconcierto inicial, unas cuantas lágrimas y un arrebato de furia. Luego se habría olvidado de él. ¿Igual que él de ella?

Los labios se le torcieron en una amarga mueca. No había pasado ni un solo día sin pensar en Gina. A su regreso a Inglaterra le había escrito, pero ella no le había respondido. En una Europa asolada por la guerra tras el Tratado de Amiens, no había ninguna garantía de que las cartas alcanzaran su destino, ni había modo de saber si Gina y los Whitelaw seguían vivos. Con los ejércitos de Napoleón arrasando el continente, todos sus intentos por encontrarlos habían sido infructuosos.

¿Cuántas noches había permanecido en vela, imaginándose toda clase de horrores? A veces veía su cuerpo sin vida bajo un montón de escombros, pero aquélla no era la posibilidad más dantesca. Podría haber sido hecha prisionera por el ejército invasor, y en ese caso no habría esperanza posible.

Hizo un esfuerzo para recuperar la compostura. Sus peores temores no se habían cumplido. Gina estaba bien y era feliz, y él debía estar agradecido al menos por eso, aunque tuviera que aceptar que finalmente la había perdido.

La tensión que lo invadía debió de reflejarse

en su rostro, pues su hermana la percibió de inmediato.

—¿Qué ocurre, Giles? —le preguntó tranquilamente.

—Eso, ¿qué te ocurre, Giles? —preguntó la señora Rushford con una expresión de inquietud e irritación—. ¿Dónde has estado? Temí que hubieras sufrido un accidente. Llevamos esperándote una eternidad. Espero no haber pillado un constipado al estar expuesta a este viento tan frío.

—Deberías haber esperado en el coche, madre.

—Sólo llevamos un minuto aquí —le aseguró Letty—. Hammonds tenía todo lo que necesitábamos, y hemos pasado un buen rato eligiendo las cosas.

La señora Rushford sacudió enérgicamente la cabeza.

—No hace falta mucho tiempo para que una mujer en mi delicado estado de salud caiga enferma.

—Lamento haberos hecho esperar, pero me encontré con Isham en la aldea.

—¿Estaba India con él? —preguntó su madre, sin alterar lo más mínimo su expresión malhumorada—. ¿Quieres decir que sabían que estábamos aquí y no han venido a saludarnos?

—Isham estaba solo —respondió Giles, mientras las ayudaba a subir al coche—. India está esperando en Grange. No nos esperaba hasta más tarde.

—¿No te dije que no había ninguna necesidad de salir tan temprano? Pero nunca me haces caso, Giles. Estas prisas no son buenas para mi salud. Si no hubiera sido por la invitación de lady Wells, no se me habría pasado por la cabeza viajar en invierno.

Letty apretó la mano de su madre.

—Ya estamos en primavera. Además, lo has hecho por mí, y lo hiciste muy bien con lady Wells. Al final no puso ninguna objeción a mi compromiso con Oliver.

—Y con razón. Puede considerarse afortunada por haber establecido lazos con los Isham. Es mucho más de lo que podría haber esperado para su hijo. ¡Esa mujer es una pretenciosa insufrible! Seguro que Isham la pondrá en su sitio.

Letty se apresuró a cambiar de tema para no seguir hablando de su futura y temible suegra.

—¿Cómo está India? La he echado de menos.

—Muy bien, aunque Isham me ha dicho que sufre mareos de vez en cuando…

Para su asombro, aquel dato aparentemente inocuo despertó todo el interés de su madre.

—¿Mareos has dicho? ¡Cielo Santo! ¿Dónde está Isham? Tengo que hablar con él enseguida —se asomó por la ventana del carruaje y miró a ambos lados de la calle.

—No te preocupes, madre. India no está enferma.

—Pues claro que no, estúpido. Seguramente está embarazada. ¡Oh, maldito sea ese hombre! ¿Dónde se ha metido?

—Está visitando a lady Whitelaw —dijo Giles, muy rígido.

—¿Lady Whitelaw? ¿Quién es? Nunca he oído ese nombre…

—Se ha instalado en la vieja Mansion House… Creo que la ha comprado.

La señora Rushford volvió a sentarse y pareció recuperar el buen humor.

—¡Magnífico! Tendré que ir a visitarla enseguida. ¿Isham la conoce bien?

—Es amigo de su marido —explicó Giles. Le dio la orden al cochero y el carruaje se puso en marcha. No era el momento de revelar que lady Whitelaw era en realidad Gina Westcott, la hija del panadero. Ni siquiera su nuevo título bastaría para olvidar sus humildes orígenes.

Sonrió para sí mismo. Isham era demasiado importante para su suegra. Si declaraba que lady

Whitelaw era bien recibida, tanto ella como su marido serían invitados a Grange.

Aquella idea lo llenaba de inquietud. ¿Cómo iba a enfrentarse a ella? Si las circunstancias hubieran sido distintas, se habría marchado al momento. Pero, como encargado de la hacienda, estaba obligado a quedarse.

Tal vez ella rechazara la invitación cuando descubriera que Isham se había casado con su hermana. Aunque también era posible que aceptara, buscando venganza… Giles quedó sumido en silencio. Daría lo que fuera por saber el resultado de la entrevista que mantendrían Isham y Gina.

No le habría gustado nada saberlo. Gina había recibido encantada a su visitante. Aparentemente ajena al bullicio que se desarrollaba a su alrededor, corrió hacia Isham con los brazos abiertos.

—¡Anthony, eres un genio! ¿Cómo has podido encontrar la casa?

—No ha sido difícil, nadie la ha movido de sitio —se burló él, mirando a su alrededor—. ¿Crees que estarás bien aquí, Gina?

—Es perfecta… ¡Justo lo que yo quería! —su rostro relucía de entusiasmo—. Fuiste muy amable al ocuparte de todos los detalles por mí. Nunca podría haberlo hecho desde Escocia, y no

me gustó nada pedirte ayuda cuando tenías tantas otras preocupaciones.

—Tú no me la pediste… te la ofrecí yo —corrigió él—. Siempre estoy a tu servicio, no lo olvides.

—¿Cómo podría olvidarlo? Has hecho tanto por mí y por las niñas… —le puso una mano en el brazo—. Lamenté mucho la muerte de tu hermano.

—Y yo la muerte de Whitelaw. Era un buen amigo.

—Era uno de los mejores hombres que he conocido —dijo ella—. Fui muy afortunada de conocerlo.

—Él sentía lo mismo por ti. Nunca se cansaba de alabar tus virtudes. No me puedo imaginar qué habría sido de la familia sin ti. ¿Cómo están las niñas?

—Están creciendo muy deprisa. Mair tendrá su temporada el año próximo.

—¡Dios Santo! ¿Cómo es posible? Creía que aún eran unas niñas.

—En cierto modo lo son, pero los jóvenes crecen antes de que uno se dé cuenta —sonrió—. Ya está bien de preocupaciones… ¿Vas a traer pronto a tu mujer? Todos nos alegramos mucho al enterarnos de tu boda.

El recio rostro de Isham se suavizó en una expresión de ternura.

—La quiero más que a nada, Gina. Y puede que tengamos un hijo antes de que acabe el año.

Gina dio un salto de alegría y lo besó.

—¡Es fantástico! Pero no puedes traerla a Abbot Quincey en su estado. Los caminos son horribles. Tendré que ir yo a verla cuando sea oportuno —se detuvo un momento—. ¿Sabe ella quién soy?

—No he hablado de ti con nadie. Pero ¿supondría alguna diferencia?

—No olvides que soy la hija del panadero, Anthony. A nadie le gustaría saberlo —vio cómo la expresión de Isham se oscurecía y se apresuró a tranquilizarlo—. No te enfades conmigo. Tú no te casarías con una mujer mezquina y banal, pero no todo el mundo piensa igual.

—¿Y eso te importa? Creía que con esta casa, tu título y… eh…

—¿El dinero? Bueno, admito que el dinero está muy bien, pero no se puede borrar mi origen. No quiero poner a tu mujer en una situación comprometida...

Isham soltó una fuerte carcajada.

—Aún no la conoces. Si hay una persona que defienda tu causa ésa será India. Siempre me dice

que lucho encarnizadamente por mis ideas, pero lo mismo podría decirse de ella.

—Aun así, creo que deberías hablarle de mi vida anterior. Ya sabes que me escapé de aquí.

—A los quince años, ¿no? He pensado muchas veces en eso. ¿Qué te hizo abandonar a tu familia y arriesgarte de esa manera?

—Quería ver mundo —respondió ella, bajando la mirada a los flecos de la manga—. Me fui en busca de aventuras.

No era toda la verdad, pero no estaba dispuesta a revelar más.

—Bueno, está visto que las encontraste —repuso Isham—. Whitelaw me habló a menudo del valor que demostraste al enfrentarte a bandidos y motines en alta mar. ¿Nunca tuviste miedo?

—Era inútil tener miedo —respondió ella, mirándolo alegremente—. Es mejor aprender a usar una pistola y estar preparada para usarla. Puede ser un método de persuasión muy eficaz en un país como la India, sobre todo cuando no conoces el idioma.

—Eso sí que es un argumento convincente —aprobó Isham, riéndose otra vez—. ¿Y fue igual en Europa y el Caribe?

—Sí. Tenía que pensar en las niñas. La salud de la señora empeoraba cada vez más, aunque

Whitelaw no dejó de buscar un remedio por todas partes. Cuando ella murió, pensé que Whitelaw no lo superaría jamás.

—Te dedicaste enteramente a ellos.

—Les debía mucho. Oh, Anthony, ni siquiera con quince años era tan ingenua. Si no hubiera sido la niñera de los Whitelaw, habría llevado una vida muy distinta... en el caso de que hubiera sobrevivido.

Isham se puso en pie.

—Eres una superviviente, Gina. Después de haberte enfrentado a bandidos y maleantes, unos cuantos cotilleos no podrán hacerte daño. ¿Me dirás si puedo hacer algo por ti?

—Lo haré —le aseguró Gina, tendiéndole la mano—. Gracias otra vez, amigo mío. Sé que estaremos muy bien aquí.

Pero Isham seguía dudando mientras volvía a la herrería. ¿Por qué había vuelto Gina a Abbot Quincey cuando se podría haber instalado en cualquier otra parte? Era evidente que ocultaba algo. No era propio de ella mostrarse tan reservada, y eso inquietaba a Isham.

¿Había vuelto a su pueblo natal para saldar cuentas pendientes? No, Gina no era la clase de persona que alardeara de su fortuna ante los que la habían despreciado. Era demasiado honesta. Y

sin embargo había algo... Sacudió la cabeza y fue en busca de su caballo.

Mientras tanto, Gina estaba sumida en sus pensamientos. Sus planes se desarrollaban según lo previsto, pero aún quedaba mucho por hacer. Levantó la mirada y les sonrió a Mair y Elspeth, que venían a buscarla.

—¿Os gustan vuestras habitaciones? —les preguntó.

Mair se sentó a su lado y apoyó la cabeza en la rodilla de Gina.

—¡Es perfecta! —dijo con voz soñadora—. Has sido muy lista al encontrar esta casa.

—Tenemos que agradecérselo a lord Isham —dijo Gina—. Se acaba de ir.

—¡Oh, no! —se lamentó Elspeth. La adoración que le profesaba a su héroe había sido motivo de burlas en la familia—. ¿Cuándo volverá a visitarnos?

—Vamos a visitar a lord Isham y a su mujer —dijo Gina con firmeza—. No pongas esa cara, Elspeth. Tenemos que alegrarnos por su señoría.

—Pensaba que no se casaría —dijo Elspeth—. Al menos hasta...

—¿Hasta que fueras lo bastante mayor para casarte con él? —preguntó Mair, riendo—. Para entonces él sería un viejo decrépito…

—¡Ya está bien, niñas! Tenemos mucho que hacer. ¿Cómo se las está arreglando la cocinera? Le dije que el almuerzo de hoy debería ser ligero. Vamos a comer, y luego tenéis que volver a vuestros libros.

Las dos chicas gimieron al unísono.

—¿Es necesario? —preguntó Mair en tono suplicante.

—Pues claro que es necesario. ¿Cuántas veces tengo que recordaros lo importante que es la educación?

—Pero, Gina, hay mucho tiempo para eso —insistió Mair, tomando la mano de su madrastra para apretársela contra la mejilla—. ¿No podemos tener un descanso, aunque sólo sea por este día?

Gina la miró con el ceño fruncido.

—A veces me sacáis de quicio. A mí me costó diez años labrarme mi propia educación. A vosotras se os brinda la oportunidad en vuestras manos. Tenéis que aprovecharla.

Elspeth agarró su otra mano.

—Pero tú nos ayudarás, ¿verdad, Gina? ¿Y si te prometemos esforzarnos el doble mañana? No pretenderás que estemos siempre estudiando.

—¿Siempre? ¿Cuándo os he visto estudiar? —preguntó Gina, muy seria.

Mair levantó la mirada y vio el brillo de regocijo en sus ojos.

—No lo dice en serio, Elspeth —se puso en pie, tirando de Gina y de su hermana—. ¡Es hora de la danza de guerra!

Gritando y brincando, las dos niñas arrastraron a su madrastra y empezaron a cantar mientras se movían en círculos.

Abbot Quincey es ahora nuestro hogar
Y muchas fiestas vamos a celebrar

Gina se estremeció de horror.

—Son los peores versos que he oído en mi vida. ¿Y de qué fiestas estáis hablando?

Las niñas siguieron girando, más y más rápido.

—Las que ofreceremos en mi debut —gritó Mair sin aliento—. Vamos a asombrar a todo el pueblo, ¿verdad, Gina?

—Si seguís así, no creo que haya que esperar hasta tu debut. Los criados van a pensar que nos hemos vuelto locas.

No fue así. Al mayordomo no le resultó nada extraño ver a su joven ama bailando en el salón con sus hijastras. Si su puesto no lo obligara a mantener una expresión rígida y severa, se habría permitido una sonrisa. Anunció que el almuerzo

estaba servido y le comentó al ama de llaves que la señora parecía estar muy contenta.

—Ya era hora. La señora es una mujer muy alegre, pero la pobre ha tenido una vida horrible, siempre preocupándose por la enferma... —le dirigió una mirada interrogativa al mayordomo—. ¿Cree que se adaptará bien aquí?

—¿Quién puede saberlo? —repuso Hanson, quien hacía mucho tiempo que no se extrañaba por los caprichos de sus señores—. ¿A usted le gustaría, señora Long?

—Todavía no lo sé, pero seguro que aquí hay más vida que en Escocia. Dentro de uno o dos años la señora empezará a buscar marido para las chicas, y no estamos tan lejos de Londres.

—Cierto. Espero que abra la casa de Londres este año. La última vez que la vi parecía una morgue.

—La señora se encargará de cambiarla. Y quizá ella misma se busque un marido…

Hanson asintió con expresión grave.

—La familia ya no está de luto. Tenemos que prepararnos para recibir a todos los cazadotes.

—Espero que se encargue de ahuyentarlos, señor Hanson.

—Haré lo que pueda —prometió el mayordomo, y procedió a seguir con sus labores.

Encontrar un marido era lo último que Gina tenía pensado cuando se levantó de la mesa.

—Niñas, esta tarde tengo que hacer una visita. No tardaré mucho. ¿Os podréis entretener vosotras solas?

—Vamos a explorar la bodega y el desván —dijo Elspeth—. Esta casa es un laberinto y está llena de lugares secretos.

Gina asintió y fue a cambiarse el vestido de paseo por un atuendo más sencillo. Rechazó la sugerencia de Hanson para llevarla en el coche y subió a pie por High Street, contemplando con nostalgia los alrededores. Abbot Quincey no había cambiado nada durante su larga ausencia. Reconoció a varios viandantes, pero el sombrero le ocultaba el rostro y nadie la saludó.

Un paseo de diez minutos la llevó a su destino. El viejo letrero seguía sobre la entrada y la puerta estaba abierta, pero Gina dudó junto a la ventana. Había ensayado aquel momento muchas veces, pero el valor la había abandonado de repente.

El corazón le latía desbocado. Respiró hondo y entró en la tienda.

—¿Sí, señora? ¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó la mujer que estaba tras el mostrador y que parecía una versión más obesa de la propia Gina.

—¿No me conoces, madre? —le preguntó Gina, a punto de echarse a llorar.

—¿Gina? —Eliza Westcott palideció al mirar el rostro de su hija—. ¿De verdad eres tú? Oh, cariño, creía que te habíamos perdido para siempre —le tendió los brazos y Gina corrió hacia ella.

—No llores, mamá. De nuevo estoy en casa.

—¡Chica del demonio! —la reprendió la señora Westcott mientras le prodigaba besos por toda la cara—. ¿Por qué te fuiste? Casi nos mataste de angustia.

—Eso no es verdad, mamá. Os escribí todos los meses.

—Pero desde el fin del mundo, Gina. Nunca había oído hablar de los sitios que mencionabas. Podrías haber muerto…

—Pero no ha sido así.Y sabías que en los últimos años he estado a salvo en Escocia.

La señora Westcott hizo un gesto de desdén.

—¿A salvo en Escocia? ¡Es una tierra salvaje!

—Los nativos son muy amistosos —dijo Gina, sonriendo—. ¿Cómo está papá? —le preguntó. Su madre apenas le había contado nada en sus escasas cartas—. ¿Se encuentra mejor?

—Vuelve a ser un hombre fuerte y robusto, pero aún está muy disgustado contigo... Cuando te marchaste, se culpó a sí mismo. Sigue pen-

sando que falló en sus responsabilidades como padre.

—Eso no es cierto, y así se lo diré. ¿Dónde está?

—En la panadería. Vamos, cariño, siéntate junto al fuego mientras yo voy a buscarlo.

Gina esperó, presa de los nervios. Al ser la menor de los hijos, siempre había sido la favorita de su padre. Podía comprender su dolor, y no esperaba que la perdonase fácilmente.

Cuando vio la fría expresión de su padre, supo que no se había equivocado. Su padre ni siquiera la miró a los ojos.

—¿Ha venido a honrarnos con una visita, señora? —se mofó—. Es todo un detalle por su parte.

—He venido porque ahora soy libre para hacerlo, padre. Como ya sabes, mi marido murió el año pasado, pero me llevó un tiempo resolver los asuntos que dejó pendientes.

—¿Y ahora has venido para reinar en la aldea? Muy bien. No creo que necesites a la gente como nosotros.

—Siempre os he necesitado —dijo Gina tranquilamente—. Lamento haberos causado tanto dolor —fue hacia él y lo tomó de la mano—. ¿Podrás perdonarme, padre?

Le besó la mano y se la llevó a la mejilla. Fue demasiado para el panadero, quien soltó un gemido y estrechó a su hija entre sus brazos.

—¡Mi pequeña picarona! ¿Qué vamos a hacer contigo?

Gina sintió sus mejillas húmedas y lo abrazó con fuerza. Su padre tardó un rato en recuperar la compostura, pero finalmente se apartó y le sonrió.

—Bueno, señorita, ¿cuándo piensas marcharte otra vez en busca de aventuras?

—¡Espero que nunca más! He comprado Mansion House, y las niñas están conmigo.

George Westcott silbó con admiración.

—Esa casa debe de haberte costado una fortuna, pequeña.

—Whitelaw me dejó una buena herencia, padre. Dime, ¿cómo están William y Julia?

—Los dos están muy bien —respondió su padre, suavizando su expresión—. Espera a ver a tus sobrinos. Los hijos de tu hermano son unos revoltosos, y las niñas…

—No dejes que empiece con ese tema, Gina. Oyéndolo pensarías que sería mejor que no hubieran nacido. Hacen con él lo que quieren —se lamentó la señora Westcott—. Ojalá hubieras tenido tus propios hijos, cariño. Cuando te casaste,

esperábamos que... Bueno, quizá no estaba destinado a ser.

Gina no respondió. Aquél no era el momento para explicar que su matrimonio había sido de conveniencia. Por mucho que la quisiera, lord Whitelaw se lo había dejado muy claro. Viejo y débil, sabía que moriría mucho antes que ella. Cuidar de sus hijastras sería una gran responsabilidad, y él no quería dificultar aún más su situación dejándola con más hijos a su cargo.

Gina había comprendido y respetado su decisión, aunque sabía que no era toda la verdad. Para Alastair Whitelaw ninguna mujer podría ocupar el lugar de su amada esposa. En cuanto a Gina, se había casado sobre una sólida base de confianza y afecto y nunca se había arrepentido. Pero su corazón hacía tiempo que pertenecía a otro hombre.

Apartó los dolorosos recuerdos y recogió su sombrero.

—¿Vendréis a verme?

La señora Westcott miró a su marido y asintió.

—Iremos dentro de un par de días. Tu tío Samuel y tía Mary vendrán a visitarnos con los niños mañana.

Gina no disimuló su frialdad al preguntar cor-

tésmente por sus tíos, pero sus padres no parecieron darse cuenta. El hermano de su padre era la última persona que quería ver, y era una suerte que viviera en Londres, donde tenía su lucrativo negocio de granos. En algún momento tendría que volver a verlo, pero aún no se sentía preparada.

Otra duda la invadió de repente. ¿Había hecho lo correcto al volver a Abbot Quincey? Era posible que Giles estuviese casado y fuera padre. No se había atrevido a preguntar por él, temiendo delatarse a sí misma.

Era inútil anticiparse a los acontecimientos, así que besó a sus padres y volvió a Mansion House.